

NATALIA GINZBURG

VALENTINO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE ANDRÉS BARBA

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Valentino*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1957, 1972, 1991, 2011 by Giulio Einaudi editore s.p.a, Turín
© de la traducción, 2024 by Andrés Barba Muñiz
© de la ilustración de la cubierta,
Werner Bischof / Magnum Photos
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, Cerdeña en 1950

ISBN: 978-84-19036-83-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 21921-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Vivía en un pequeño apartamento del centro con mi padre, mi madre y mi hermano. Llevábamos una vida dura y nunca se sabía cómo íbamos a pagar el alquiler. Mi padre era maestro de escuela retirado y mi madre daba clases de piano: había que echarle una mano a mi hermana, que se había casado con un comercial, tenía tres hijos y no conseguía salir adelante, y también pagar los estudios de mi hermano, porque mi padre estaba convencido de que iba a ser un gran hombre. Yo me estaba sacando el diploma de maestra y en las horas libres les repasaba la lección a los hijos de la portera. La portera tenía familia en el campo y nos pagaba con patatas, castañas y miel.

Mi hermano estudiaba medicina y siempre necesitábamos dinero; si no era para el microscopio, era para los libros o las tasas. Mi padre creía que iba a ser un gran hombre, no había ninguna razón para que lo creyera, pero así lo creía: lo había empezado a pensar desde que Valentino era pequeño y tal vez sencillamente le resultaba difícil

dejar de hacerlo. Mi padre se pasaba el día en la cocina desvariando solo; imaginaba que Valentino se convertía en un médico famoso, iba a congresos en las grandes capitales de Europa y descubría nuevas enfermedades y medicinas. Pero Valentino no parecía tener muchas ganas de ser un gran hombre; en casa solía jugar con el gatito y fabricaba juguetes para los hijos de la portera con un puñado de serrín y cualquier trapo viejo: hacía perros y gatos y hasta diablos con cabezas enormes y cuerpos largos con nudos. O se vestía de esquiador y se miraba en el espejo. No iba a esquiar porque era vago y no soportaba el frío, pero le había pedido a mi madre que le hiciera un traje completo de esquiador todo negro con un gran pasamontañas de lana blanca. Se sentía muy guapo vestido de ese modo y se paseaba frente al espejo, primero con una bufanda al cuello y después sin ella. Luego se asomaba al balcón para que lo vieran los hijos de la portera.

Había tenido muchas novias y dejado de tenerlas, y mi madre siempre se había encargado de limpiar el comedor y de ponerse elegante. Aquello había sucedido ya tantas veces que cuando nos dijo que se iba a casar en un mes no le creímos, y mi madre limpió el comedor despreocu-

pada y se puso el vestido de seda gris, el de las novias de Valentino y los exámenes de sus alumnas en el conservatorio.

Esperábamos una jovencita más de esas con las que siempre juraba que iba a casarse y a las que luego dejaba plantadas a las dos semanas; creíamos saber ya el tipo que le gustaba: jovencitas con boina que todavía no habían dejado el instituto. Por lo general venían muy intimidadas y no nos causaban gran impresión porque sabíamos que las iba a dejar plantadas al instante y porque se parecían mucho a las alumnas de piano de mi madre.

Por eso cuando llegó con su novia nos quedamos tan pasmados que nadie pronunció una sola palabra. Y es que aquella novia nueva no se parecía en nada a lo que nos habíamos imaginado. Vestía un abrigo largo de marta y zapatos planos con suela de goma, y era bajita y gorda. Nos miraba con ojos severos y rotundos tras unas gafas con montura de carey. Le sudaba la nariz y tenía bigote. Sobre la cabeza llevaba un sombrero negro inclinado hacia un lado, y donde no le tapaba el sombrero se veía un pelo negro entreverado de canas, despeinado y ondulado por la permanente. Tenía al menos diez años más que Valentino.

Como nos habíamos quedado mudos, Valentino hablaba y hablaba. Lo hacía de mil cosas a la vez, del gato, de los hijos de la portera, del microscopio. Quiso llevar a su novia a toda prisa a su habitación para enseñarle el microscopio, pero mi madre no le dejó porque todavía no estaba arreglada. Y, aparte, la novia dijo que ya había visto cientos de microscopios. Entonces Valentino fue a buscar al gato y se lo llevó. Le había puesto una cinta al cuello con un cascabel para que causara buena impresión, pero el gato estaba muy asustado por culpa del cascabel y trepó por la cortina y se quedó mirándonos desde allí, resoplando y erizado, con unos ojos feroces. Mi madre se puso a gimotear de miedo a que le estropeará la cortina.

La novia se encendió un cigarrillo y empezó a hablar. Hablaba con el tono de quien está acostumbrada a dar órdenes. Cada vez que decía algo parecía que nos estuviese dando una orden. Dijo que quería a Valentino y que confiaba en él, confiaba en que iba a dejar de jugar con el gato y de fabricar juguetes. Dijo que tenía muchísimo dinero y que por esa razón podían casarse sin necesidad de esperar a que Valentino lo ganase. Estaba sola y era libre porque sus padres habían muerto y no

tenía que rendir cuentas a nadie de lo que hacía.

De pronto mi madre se puso a llorar. Fue un momento un poco penoso, no sabíamos muy bien qué hacer. En aquel llanto de mi madre no había ningún tipo de conmoción, sino más bien desagrado y miedo: así lo sentí yo y me pareció que también los demás lo debían de sentir igual. Mi padre le dio unos golpecitos en la rodilla y chasqueó la lengua flojito, como cuando se consuela a un niño. La novia se puso roja de pronto y se acercó a mi madre; le brillaban los ojos inquietos y autoritarios y comprendí entonces que se iba a casar con Valentino al precio que fuera.

—Ya está llorando mamá—dijo Valentino—, mamá siempre tiene listas las lágrimas.

—Sí—respondió mi madre, luego se secó las lágrimas, se acomodó el pelo y se irguió—, últimamente estoy un poco débil y lloro a menudo. Me ha pillado la noticia por sorpresa, pero Valentino siempre ha hecho lo que ha querido.

Mi madre había estudiado en un colegio elegante, estaba muy bien educada y tenía un gran control de sí misma.

La novia explicó que ese mismo día Valentino y ella iban a ir a comprar los muebles para el salón. En cuanto al resto, no era necesario comprar

nada porque en su casa ya tenía todo lo necesario. Valentino le dibujó a mi madre el plano de la casa en la que vivía la novia desde su infancia y en la que iban a vivir juntos: una mansión de tres plantas con jardín en un barrio lleno de jardines y mansiones.

Cuando se marcharon nos quedamos un rato callados mirándonos y luego mi madre me dijo que fuera a buscar a mi hermana y así lo hice.

Mi hermana vivía en el último piso de una casa de las afueras. Se pasaba el día escribiendo direcciones a máquina para una empresa que luego le pagaba por cada sobre. Siempre le dolían las muelas y llevaba una bufanda que le tapaba la boca. Le dije que mamá quería hablar con ella y ella me preguntó de qué, pero no se lo dije. Tenía muchísima curiosidad, así que cogió en brazos a su hijo más pequeño y me acompañó a casa.

Mi hermana nunca se había creído lo de que Valentino iba a ser un gran hombre. No lo soportaba y cada vez que hablaba de él ponía mala cara al recordar el dinero que mi padre se gastaba para que estudiara mientras ella tenía que pasar direcciones a máquina. Por eso mi madre no le había dicho nada sobre el traje de esquiador, y cada vez que mi hermana venía a casa tenía-

mos que ir corriendo al cuarto de Valentino para asegurarnos de que no estaba a la vista aquel traje o cualquier otra cosa nueva que se había mandado hacer.

No fue fácil contarle a mi hermana Clara lo que había ocurrido. Que había aparecido una mujer con mucho dinero y con bigote dispuesta a darse el lujo de casarse con Valentino y que él estaba por la labor. Que se había olvidado de todas las jovencitas con boina y ahora andaba por la ciudad con una señora con abrigo de marta rumbo a una tienda para comprar los muebles del salón. Todavía tenía los cajones de su cuarto llenos de cartas y fotografías de jovencitas. Ya se las apañaría en aquella nueva vida con la mujer de gafas de carey y bigote para escaparse de cuando en cuando con jovencitas con boina y gastarse también algo de dinero en entretenerlas: poco dinero, tampoco mucho, porque a la hora de gastar en los demás el dinero que pensaba que le pertenecía Valentino era básicamente un avaro.

Clara terminó de escuchar a mi padre y a mi madre y se encogió de hombros. Le dolían mucho las muelas, aún tenía que pasar a máquina algunas direcciones y por si fuera poco tenía que hacer la colada y arreglar los zapatos de los niños.